



CLACSO

JORNADAS

15

JOSE E. ITURRIAGA

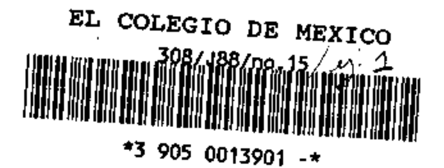
El tirano en la América Latina

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales

EL COLEGIO DE MEXICO

PANUCO, 63

Fecha de vencimiento





EL SEMINARIO COLECTIVO SOBRE "LA AMERICA LATINA"

El Centro de Estudios Sociales tiene como su propósito más definido la investigación continuada y sistemática de la realidad social americana y aspira a poder ser en su día un hogar de conocimiento e información de todo lo que a ella se refiera y en el que colaboren cuantas personas interesadas puedan aportar las perspectivas diversas de su ciencia, de su nacionalidad, de su profesión o de las técnicas de pesquisa preferidas. Pero esta tarea tiene que ser lenta y se requiere esperar sin impaciencias las condiciones de material y personal que hagan posible la realización plena de esos propósitos. Sin embargo, conviene ponerse a andar cuanto antes y aguardar en marcha las primeras posibilidades. Esta es una de las razones por las que el Centro de Estudios Sociales ha elegido a "Iberoamérica" como tema del seminario colectivo del primer semestre de su segundo año de vida. Un grupo de personas competentes, de distinguido renombre en su especialidad, va a ofrecernos con este intercambio de ideas los primeros materiales para la labor que el Centro se propone continuar en años sucesivos.

Mas existen asimismo otras razones de mayor peso, que trascienden las finalidades peculiares de esta institución. En forma parecida a como en el curso pasado el Centro se esforzó en ponerse al servicio de la cultura nacional incitando al estudio de los problemas de la guerra y la postguerra, cree cumplir también con una de las exigencias más graves e ineludibles del momento al provocar en este año un nuevo examen de la situación presente de Iberoamérica.

La situación actual es quizá una coyuntura única. Confluyen en ella un estado de conciencia cada vez más agudo y una situación real que en su plasticidad "transitoria" favorece el comienzo de una acción firme y bien orientada. Desde la iniciación de la segunda guerra

mundial se acentúa el proceso que corriendo desde años atrás significa la busca de "nuestra" propia expresión y realización. Van mezclados en él, ciertamente, visiones acertadas con vaguedades retóricas y alguna que otra puerilidad peligrosa; pero la fuerza de ese movimiento es día a día más notoria. Por otro lado, en cuanto las armas decidan la situación de las posiciones de poder y de cultura que hoy se enfrentan, se abrirá sin remedio un período de decisivos reajustes de los cuerpos históricos —con sus culturas, sus economías y sus formas políticas— en el que se exige participar con mente muy clara. Uno de esos cuerpos de cultura y de tradición, de esfuerzos históricos, de ideales y de destino, es el nuestro y no debe permanecer pasivo porque su pasado es ilustre y su porvenir incita al esfuerzo constructor. Pero ese querer sólo puede mostrarse si se apoya en ideas precisas, en aspiraciones definidas.

El seminario colectivo sobre "La América Latina" pretende ser un estímulo a esas exigencias de precisión y claridad. Es necesario captar nuestra realidad en sus contornos escuetos y llegar a ella a través de la maleza formada por las frondosidades verbales y afectivas y los lemas de las políticas transitorias. Se requiere conocer con justeza lo que se es, la constelación en que se está, para formular con acierto lo que se puede hacer, lo que se debe pretender.

Ya no es necesario repetir que el carácter limitado de nuestras reuniones no permite un examen completo; como en otras ocasiones, ha sido preciso ceñir los temas a unas cuantas cuestiones típicas de los sectores más importantes de nuestro interés; creemos, sin embargo, que en su conjunto abren el examen de nuestro espíritu y cultura y de nuestra estructura política, económica y social en puntos claves y significativos.

El seminario funcionará del modo siguiente: a) *Habrá una ponencia general con el fin de permitir una discusión de conjunto y el examen de aspectos que no pueden tratarse en las sesiones especializadas; éstas se abrirán con sus respectivas ponencias, redactada cada una por un especialista, para precisar así rigurosamente el ámbito del problema y evitar pérdidas de tiempo; después vendrán las sesiones finales sobre la estructuración política de la América Latina.* b) *En las discusiones de este seminario participarán los alumnos y profesores*

del Centro de Estudios Sociales, los ponentes de los distintos temas y las personas especialmente invitadas. c) *Las sesiones tendrán una duración de dos horas, la primera consagrada a un resumen verbal de la ponencia y sus conclusiones y el resto a la discusión.* d) *Para que la discusión sea ordenada y fecunda, las reuniones tendrán un presidente de debates que las encauce y las resuma.* e) *El Centro de Estudios Sociales aspira a que puedan redactarse algunos trabajos escritos, como resultados de estas discusiones de seminario, trabajos que serán publicados y significarán una aportación del pensamiento mexicano a cuestiones del más profundo interés.*

CALENDARIO DE LAS REUNIONES

de las 18 a las 20 horas

1ª sesión: 30 de marzo.
El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países: Raúl Prebisch.
2ª sesión: 13 de abril.
El pensamiento hispanoamericano: José Gaos.
3ª sesión: 20 de abril.
El Brasil en la América Latina: Renato de Mendonça.
4ª sesión: 27 de abril.
El contenido social de la literatura iberoamericana: Agustín Yáñez.
5ª sesión: 4 de mayo.
La predisposición ecuménica: Alfonso Reyes.
6ª sesión: 11 de mayo.
Los problemas sociales del indígena americano: Alfonso Caso.
7ª sesión: 18 de mayo.
Posibilidad de bloques económicos en América Latina: Javier Márquez.
8ª sesión: 25 de mayo.
El obrero latinoamericano: Vicente Lombardo Toledano.
9ª sesión: 1º de junio.
La industrialización de Iberoamérica: Gonzalo Robles.
10ª sesión: 8 de junio.
La organización constitucional: Vicente Herrero.
11ª sesión: 15 de junio.
El tirano en la América Latina: José E. Iturriaga.
12ª sesión: *La articulación política iberoamericana:* (Según cuestionario.)

Todas las reuniones son en el domicilio de El Colegio de México, Pánuco, 63.

JOSE E. ITURRIAGA

El tirano en la América Latina

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



JORNADAS-15

(Seminario sobre "La América Latina")
El Colegio de México
Centro de Estudios Sociales

SUMARIO

No me parece un mero accidente que el Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México haya incluído en este Seminario una sesión por separado sobre el tirano en América Latina. Más bien ello prueba que el problema de las tiranías que suelen padecer con alarmante reiteración nuestros países, merece una atención algo más cuidadosa. Inútil es decir que no habré de ser yo el que entregue soluciones, ni tampoco el que examine exhaustivamente tan peliagudo y pródigo problema; serán los integrantes de este Seminario quien así lo hagan, ya que el ponente tan sólo se limitará a plantear en forma un tanto somera —para lo vasto de este tema—, los términos de la cuestión, con el objeto de brindar algunas conclusiones cuya validez quizá sea provisional.

Variedades de la tiranía

A fin de facilitar la conversación que vamos a tener alrededor de esta mesa, conviene revisar de la manera más sumaria posible los diversos modos de concentración de poder que los pueblos han conocido y padecido.

Suelen usarse con alguna sinonimia las palabras satrapía, esimenetía, dictadura, cesarismo y tiranía. Si bien se observa, ello es fácilmente explicable, ya que cada una de esas palabras tiene como común denominador la idea de abuso o de centralización del mando. A través de los años, la original y precisa significación de aquellos vocablos se ha ido diluyendo hasta el punto de usarse unos y otros para designar el mismo fenómeno: el de la supresión de las libertades públicas.

Así por ejemplo, el sátrapa era una especie de gobernador civil que existía en cada una de las provincias persas del Imperio Aqueménido y cuya función consistía en administrar justicia y recaudar los tributos para el Imperio y, aunque casi nunca poseyó mando sobre el ejército, sabía emplear medios drásticos para cumplir su cometido y satisfacer sus apetitos.

El déspota o *déspote* —voz griega que significa señor, soberano—, gobernaba tan sólo obedeciendo a su arbitrio individual y prescindiendo de todo principio de derecho. Dracón es un ejemplo ilustrativo de déspota: no se sujetaba a leyes previamente establecidas; las hacía él mismo según su voluntad.

El *esimeneta* fué en realidad el precursor griego del dictador romano —Dionisio de Halicarnaso compara los esimenetas con los magistrados supremos romanos—. El esimeneta era un *tirano electivo* que recibía el poder unas veces de por vida y otras por

un tiempo determinado hasta consumar alguna tarea específica previamente determinada por sus electores. De esta suerte, fué como quedó ungido Pitaco por los ciudadanos de Mitilene para rechazar a los desterrados que mandaban Antiménides y el poeta Alceo.

El dictador era un magistrado supremo entre los antiguos romanos a quien los cónsules nombraban de acuerdo con el Senado por un plazo no mayor de seis meses, concediéndole el *summum imperium* cuando la República se hallaba amenazada. Durante su mando cesaban las funciones de las otras magistraturas, o bien obraban bajo las órdenes del dictador. Este podía imponer penas de destierro, de muerte y azotes sin verse obligado a consultar al pueblo, bien que no podía disponer del tesoro público sin consentimiento de aquél. A este tipo de magistrado se le denominaba *Dictator opima lege.*

En las postrimerías de la República, Julio César se hizo conferir el título de *dictator perpetuo,* inaugurándose así la aparición del *cesarismo.*

El tirano, según la acepción corriente, es un gobernante que manda con violencia y sin respeto a la justicia ni a las leyes. Según el sentido antiguo que los griegos le daban, el tirano era un usurpador que se arrogaba la autoridad real sin tener derecho a ella, es decir, llamaban tirano indiferentemente a los buenos y a los malos príncipes cuya autoridad carecía de legitimidad; de manera que *tirano* y *usurpador* eran dos palabras que poseían cabal analogía.

El tirano, según el autor de los *Diálogos,* es el demagogo que en la etapa *democrática* o involutiva de gobierno, surge como supuesto protector del pueblo para salvarlo, aunque en realidad acaba por oprimirlo igual que a la democracia.

Para Aristóteles la tiranía es una de las tres maneras de corromperse los gobiernos *puros,* de tal manera que el tirano no es sino el monarca que desatiende el interés general sin preocuparse por realizar el bien común.

Sería harto prolijo continuar formulando aquí una relación

pormenorizada de las diferentes acepciones que la palabra tiranía ha tenido. Sin embargo, los distingos hechos nos permitirán ir viendo cómo en nuestros países han existido todas esas acepciones: tan pronto aparece el déspota —analfabeto o ilustrado—, como el sátrapa, esto es, el que por falta de patriotismo, se convierte en un verdadero gobernador al servicio del imperialismo extranjero, bien que con mando de tropas; tan pronto tenemos al dictador de fugaz tránsito por la cosa pública, como al *dictador perpetuo* que sabe gobernar fiera o paternalmente; tan pronto surge el coronel apache que de un modo sangriento usurpa el poder proclamándose él mismo protector del pueblo, como el presidente nepotista, cuyo gobierno concluye en una verdadera monarquía hereditaria, rodeado de una numerosa corte familiar, que gusta considerar las arcas públicas como patrimonio privado del clan presidencial; tan pronto, en fin, sufrimos al caudillo de pacotilla, militar con o sin batallas, crapuloso, ególatra y excéntrico, como al *tirano electivo,* fanático, cerrilmente nacionalista, honrado y asceta.

Antecedentes históricos de la tiranía

Para desembocar en el tema que venimos persiguiendo, hagamos antes un breve bosquejo de la herencia política, social y económica que dejó el coloniaje. Esta herencia es obviamente uno de los factores principales que han favorecido la aparición intermitente de las dictaduras en nuestros pueblos; el otro factor, es nuestra condición de países semicoloniales.

El mundo latinoamericano llegó a su emancipación precedido de poca o ninguna preparación para disfrutar genuinamente las instituciones republicanas y democráticas. El continente sentía, claro, un ansia biológica de sacudir la tutela que lo oprimía; pero carecía de una mediana educación política indispensable para hacer una vida pública de paz y libertad orgánicas.

Al triunfo de la guerra de independencia, la mayoría de los pueblos latinoamericanos poseían una numerosísima masa de anal-

fabetos compuesta en su mayoría por indios, mestizos, negros, mulatos y zambos. Los cálculos del Barón de Humboldt sobre la composición racial de los catorce millones de habitantes que América Española tenía, eran los siguientes: doscientos mil europeos, tres millones de blancos, y más de diez millones de gentes de color. Estos últimos, los de raza de color, se hallaban evidentemente dotados de una muy acentuada conciencia de servidumbre.

Es cierto que en las postrimerías de la colonia, y en el transcurso de ella, hubo levantamientos reveladores de que esa conciencia de servidumbre se suspendía transitoriamente hasta saltar el nivel máximo de resistencia de las razas sometidas. Ilustrativos ejemplos de ellos fueron la insurrección de los comuneros correntinos y asunceños que se oponían a construir un camino entre Tucumán y Corrientes; la rebelión de los comuneros en el Virreinato de Nueva Granada, cuyo origen fué el obraje y las cargas con nuevos impuestos; los levantamientos en el virreinato del Perú de Tupac Amaru y del célebre *Virrey inca* apodado Tupaj Katari; el alzamiento de los *pardos* o mulatos Chirino, León, y Ponte en Caracas, cuyo inicial paso fué el de la abolición de la esclavitud negra y de la servidumbre indígena; la terrible insurrección de los indios araucanos contra los jesuítas en Chile; la sublevación de negros en la Isla de Cuba quienes se hallaban hartos de soportar la crueldad y explotación de mayorales y guardacampos; la conjuración de los *alfaiates* o plebeyos en Brasil, encabezada por mulatos y mestizos que pretendieron fundar la *República Bahiense*. En suma, puede decirse que, más que otra cosa, esos alzamientos denotaban una voluntad de lucha desorganizada y explosiva en la cual el instinto biológico de conservación, rebasaba temporalmente el pertinaz sentimiento de servidumbre hincado a nuestras razas sometidas; por ello, nada de extraño tenía que tales luchas careciesen de programas reveladores de cierta madurez política.

Había, sin embargo, una minoría culta que pulsaba atentamente la vida pública e intelectual de Francia y que conocía a los economistas ingleses. Las lecturas de los filósofos del Iluminismo y de

los economistas ingleses, crearon en esos núcleos minoritarios un armazón teórico que se condensaba en varias ideas precisas e indestructibles, a saber: el derecho del pueblo a la revolución; el origen telúrico, humano y no divino del poder; y la necesidad del libre cambio.

A la caída de Luis XVI la influencia de Francia fué aún mayor, pudiendo afirmarse que las principales figuras del movimiento emancipador, se hallaban saturadas del credo libertario de esa procedencia: Hidalgo y Morelos en la Nueva España; el hondureño José Cecilio del Valle, el salvadoreño Matías Delgado y el costarricense José Manuel de Arce en Centroamérica; Antonio Nariño y Francisco de Paula Santander en Nueva Granada; Francisco Miranda y Simón Bolívar en Caracas; José Artigas en la Banda Oriental; Mariano Antonio Molas y Fulgencio Yegros en el Territorio del Paraguay; Mariano Moreno en Buenos Aires; Vicente Rocafuerte en Ecuador; Toribio Rodríguez de Mendoza y Manuel Lorenzo de Vidaurre en Perú; Bernardo O'Higgins y Miguel Carrera en Chile, Toussaint Lóuverture en Haití; Joaquín José de Silva en el Brasil.

Los más poderosos y respetados dentro de cada virreinato o capitanía, eran los españoles. Y aunque no con el rigor empleado con las razas llamadas inferiores, la dominación española se hacía sentir también sobre blancos y parte de la nobleza criolla de un modo preferentemente económico. La corona española, a fin de afianzar más la dependencia de las colonias, confiaba los empleos de cierta importancia y los cargos superiores a personas enviadas expresamente para ello desde la Metrópoli. En un manifiesto de los revolucionarios argentinos fechado en 1817, entre los cargos que se le hacían a España, aparecía el siguiente: que de los 160 virreyes que habían gobernado a América, sólo cuatro habían nacido en el Nuevo Mundo, y de los 602 capitanes generales, únicamente 14 no eran españoles. A las causas sociales que hicieron germinar la independencia, hay que agregar las dificultades crecientes en que se veía envuelta la corona española; también, por supuesto, y de un modo muy destacado, las causas económicas.

En suma, este era el paisaje económico, político y social de los pueblos latinoamericanos antes de la Independencia; por un lado una masa enorme de analfabetos y por el otro una escasa minoría ilustrada con la *Enciclopedia,* romántica y generosa. De una parte, una numerosa población de razas de color que por haber estado sometida a servidumbre durante tres siglos no podía desterrar fácilmente su sensación de menor valía, esto es, su complejo de inferioridad y, por la otra, una minoría de criollos que, pese al mayor rango que poseían en la escala social de la colonia con respecto a los individuos de color, se halló a menudo postergada tanto en sus apetitos económicos como en el propósito de erigirse en clase rectora de la sociedad; todo ello con una consecuencia que habría de hacerse sentir en los años posteriores a la independencia, es decir, en un completo desentrenamiento para asumir eficazmente los quehaceres de la gobernación. Esta falta de familiarización con el uso del poder, habría de traer de inmediato —y prolongadamente— dolorosos resultados.

Las tiranías de América Latina

Tres etapas de regímenes despóticos pueden advertirse en América. La primera es la etapa del caudillismo nacionalista, cuyo período se extiende poco después de la Independencia, hasta mediados del siglo pasado. La segunda es la etapa en que, consolidadas ya las nuevas nacionalidades surgen numerosos regímenes autocráticos hijos de las pugnas sociales habidas entre liberales y conservadores; esta etapa ocupa aproximadamente la segunda mitad del siglo pasado. La tercera es la etapa de las *satrapías,* esto es, la etapa de gobiernos autoritarios, que a partir de la hegemonía económica de Norteamérica en el mundo, han ido mostrando una docilidad y generosidad crecientes con el nuevo imperialismo.

El caudillaje nacionalista

Montesquieu solía decir que era más fácil subyugar a un pueblo libre que sacarlo de la servidumbre, y la vida independiente de la

mayoría de los pueblos de América Latina corroboran la frase de aquel filósofo del derecho: la tiranía y sus variedades continuaron prolongando el estado de servidumbre colonial con alternativas fugaces en algunos de ellos. Otros, menos tarados, supieron disfrutar prolongados estadios de libertad.

Con la desfavorable herencia colonial a que aludíamos, era ciertamente imposible esperar la implantación de un régimen republicano y democrático de orgánica y fecunda vida. El Libertador mismo lo reconocía así cuando decía: "¿Seremos nosotros capaces de mantener en su verdadero equilibrio la difícil carga de una república? ¿Se puede concebir que un pueblo, recientemente desencadenado, se lance a la esfera de la libertad sin que, como a Icaro, se le deshagan las alas y recaiga en el abismo? Aunque aspiro a la perfección del gobierno en América, no puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea, por el momento, regido por una gran república. . . los vicios que actualmente existen no se reformarían y nuestra regeneración sería infructuosa. *Los estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas producidas por el despotismo* (colonial) *y por la guerra. . .*"

Aparte del desfavorable complejo histórico y sociológico heredado de la colonia, al cual se refiere Bolívar, así como la proliferación de militares que produjo la guerra de independencia, otro de los factores que contribuyeron a crear una atmósfera propicia para la etapa del caudillaje nacionalista fué la disensión habida en la mayoría de los países americanos de aquellos que deseaban inaugurar formas nuevas de vida pública. Primero, la pugna entre moderados y extremistas o sea, entre juntistas y autonomistas en los años en que Fernando VII era cautivo de Napoleón; más tarde las disputas entre bonapartistas y roussonianos, entre monarquizantes y republicanos; todo ello creó un clima propicio para el advenimiento de regímenes despóticos. De tal manera, que las masas acabaron por posar su mirada en torno a hombres de coraje y prestigio cuando la función gubernativa derivó en inoperante y desmembradora logoma-

quia. Esto en el mejor de los casos, ya que a menudo solía surgir el caudillo sin la aquiescencia popular.

Es claro que las pugnas partidistas no eran simples expresiones de discrepancias políticas o ideológicas; más bien tales discrepancias llevaban un resabio de luchas económicas: unos querían perpetuar y monopolizar el regimen feudal de la colonia y otros pugnaban por destruir el feudalismo para reemplazarlo por un capitalismo mercantilista e incipientemente manufacturero. Aproximadamente las primeras décadas del siglo XIX son marco de la lucha entre *pelucones* y *pipiolos* en Chile, de *federales* y *unitarios* en Argentina, de *blancos* y *colorados* en Uruguay, de *centralistas* y *federalistas* en México, de *godos* y *liberales* en Venezuela, etc.

A los factores que hemos esquemáticamente analizado, hay que agregar un ingrediente más que contribuyó poderosamente a la aparición del caudillo nacionalista: ese ingrediente es el sentimiento nacional que se iba perfilando en sus contornos más toscos. Y así como en Europa la idea de nación se delinea con alguna precisión durante el ocaso de la Edad Media y los albores del Renacimiento, en América Latina acontece lo propio alrededor de los años de la Independencia. La fragmentación de las grandes entidades políticas de la colonia es una prueba de ello. De la Capitanía General de Guatemala hacen eclosión cinco patrias: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica; del Virreinato de Nueva Granada, Colombia y Ecuador —Panamá se desmembra de Colombia casi un siglo más tarde con la ayuda de intereses extranjeros que resultaban beneficiados con la escisión—; del Virreinato del Perú, la república de este nombre y Bolivia; del Virreinato del Plata, Argentina, Uruguay y Paraguay.

La corriente nacionalista destruye la creación bolivariana de la Gran Colombia y los caudillos que llevan a cabo esa misión son Antonio Páez en Caracas, Francisco de Paula Santander en Bogotá y Juan José Flores en Quito; Agustín Gamarra es el caudillo nacionalista en Perú y en Bolivia descuella la figura entorchada de Andrés de Santa Cruz; en Chile el ministro Diego Portales; en Paraguay el

doctor Gaspar Rodríguez de Francia; en Santo Domingo Pedro Santana; en Argentina, Juan Manuel de Rosas; en Uruguay, Fructuoso Rivera; en México, Santa Anna; en Guatemala, Rafael Carrera.

Los caudillos nacionalistas, si se exceptúa a Santander, todos ejercieron el poder autocráticamente. Gustaban de títulos ostentosos y de honores, y muchos de ellos poseían ideas poco claras sobre lo que debía hacerse con el poder.

Con todo y la confusión reinante en esa primera mitad del siglo XIX, es la etapa en la cual la nación se va prefigurando hasta alcanzar cierta solidez, pese al curioso patriotismo de ciertos caudillos que sabían buscar ayuda en el extranjero para cumplir sus designios y satisfacer sus apetitos de poder.

Venezuela

Antonio Páez, *el León de Apure*, antiguo peón de un hato, no poseía educación pero supo rodearse de elementos ilustrados que le dieron brillo a su despotismo, especialmente en su primer período. Su presencia en el gobierno venezolano se hace sentir ora por sí mismo, ora a través de personas dóciles. Si se exceptúan los doce años de la dinastía de los Monagas y las tres años del general Soublette, lo encontramos todavía como dictador en 1863 en que es derrocado por uno de los más importantes movimientos populares de América Latina, la Revolución Federal. En los dos años últimos de su vida política se proclamó jefe civil y militar de la República, fusiló sin proceso a muchos generales adversos, y lejos de imponerse por el terror, aumentó el brío de la Guerra Federal, hasta que tuvo que abandonar el poder con las manos limpias de oro.

Ecuador

El general Juan José Flores, a pesar de ser venezolano, proclamó la independencia de Ecuador. Saturado de mesianismo y de megalomanía se hizo llamar El Fundador de la República; más tarde, El Defensor, y, por último, pretendió hacerse ceñir la corona de rey. Para lograr este propósito el "nacionalismo" de Flores no le im-

pidió recurrir a fuerzas españolas que buscaban frustrar la independencia americana. La época floreana se prolonga casi por espacio de dos décadas con la sola interrupción del liberal Vicente Rocafuerte y de Vicente Ramón Roca. Su *gabinete* estaba compuesto por un solo ministro a fin de controlar mejor el poder; gustaba inventar guerras como aquella frustrada contra Colombia para anexarse la provincia de *Pasto*.

Perú

En Perú el general Agustín Gamarra representaba la tendencia antibolivariana más recalcitrante. Los elementos hispanizantes y los elementos criollos de espíritu no republicano, se hacinaron alrededor de él. El caudillo peruano "impuso un régimen severo; hizo de su voluntad la ley; restableció la constitución de 1823, repudiando la bolivariana; y trató de encauzar el gobierno hacia la restauración, si no realista, al menos, de todos modos, autoritaria". (Luis Alberto Sánchez). Y, al igual que Flores, cuando se vió desplazado del poder, solicitó ayuda al exterior para recuperarlo. Don Carlos Pereyra observa cómo a menudo en aquella época las patrias radicaban en los caudillos.

Bolivia

Cuando Bolívar tuvo que abandonar el país que llevaba su nombre, el mariscal Andrés de Santa Cruz, mestizo de carácter ambicioso, absolutista y autoritario, quedó como presidente de Bolivia. Su primer medida fué la de derogar la *Constitución Bolivariana,* adoptando la de 1823. Durante el primer lustro de gobierno de Santa Cruz, el prestigio de Bolivia creció, al propio tiempo que su caudillo procuraba se le temiese. Practicó una política de honradez fiscal y se propuso hacer de su país un modelo de república sanamente administrada, si bien que, "como casi todos los caudillos, nada concebía sino bajo el aspecto de su grandeza personal." Santa Cruz luchó con éxito en un plan que venía acariciando: el establecimiento de una confederación entre el Alto y el Bajo Perú; para ello se valió del resentimiento de Gamarra, y después se sirvió de Orbegoso, los dos

jurados rivales. La Confederación Peruano-Boliviana la dividió en tres estados: el Nor-Peruano, el Sud-Peruano y Bolivia, erigiéndose él mismo en Protector de los tres estados. La Confederación, debido a los temores que suscitó en Valparaíso y Buenos Aires, concluyó por ser disuelta por tropas chilenas. El caudillaje del Mariscal Santa Cruz se prolongó por dos lustros y medio.

Chile

La lucha entre pipiolos y pelucones se inicia en los años de la independencia y concluye prácticamente en el triunfo de Diego Víctor Portales.

Portales no tuvo ingerencia en las guerras de emancipación, al revés de muchos generales que en otros países capitalizaron su intervención militar a fin de obtener una dictadura vitalicia. Portales era un comerciante hábil a quien molestaba la lucha entre ambos bandos. Quería el orden y halló su oportunidad cuando su amigo Ovalle alcanzó la presidencia, haciéndolo ministro con poderes omnímodos. Introdujo grandes economías en los gastos públicos; para contrarrestar la influencia del ejército, armó cuerpos de guardias cívicas y él mismo se puso a la cabeza de ellas; combatió la vagancia y la pereza de curioso modo: todos los días, a las cinco de la mañana y mediante un estruendo de cañón, obligaba a pobres y ricos a levantarse para practicar los ejercicios de las milicias; una hora después, debían irse a trabajar; el que no obedecía, era severamente castigado. Excesivamente mal hablado, odiaba los formulismos y convirtió en ídolo su voluntad. Como los caudillos de su tiempo, desea una fortaleza nacional; sólo que el nacionalismo portaliano buscaba la expansión de Chile a efecto de dominar el litoral del Pacífico. La empecinada oposición de Portales a la Confederación Peruano-Boliviana tiene ese origen. El dinero nunca le tentó, pero su carácter autoritario le exigía cada vez más poseer el control absoluto del poder. "Los pipiolos —decía Portales—, hablan de federalismo sin comprender que no somos los Estados Unidos y que aquí lo que necesitamos es un go-

bierno fuerte y centralizador. Su federalismo y su liberalismo son buenos para otros pueblos pero no para estos nuevos, incapaces de marchar sin tutela... La eterna majadería del federalismo es como querer trasplantar la flor del trópico en los hielos eternos polares; aquí se nos marchita, no está aún abonada la tierra chilena para ello."

Argentina

Conseguida su emancipación, uno de los problemas más agudos que tuvieron que afrontar las provincias unidas del Plata, fué la pugna entre Buenos Aires y el resto de las provincias. La lucha entre *unitarios* y *federales* tiene ese carácter y fué tan enconada, que poco a poco se presentó la hora propicia para la presencia de un hombre fuerte como Juan Manuel de Rosas. Este, que como Portales siempre despreció a los insurgentes, llega al poder para aplacar el odio de los partidos haciendo prevalecer el suyo propio, esto es, su voluntad.

Mientras a lo largo del continente los libertadores se esforzaban por construir países nuevos, Rosas vivía sumido en rencorosa frialdad, dispuesto a no contaminarse con el generoso lirismo de su tiempo. Sabía poco y a los libros les debía nada; en vez de textos estudiaba en el campo mismo; le gustaba lacear toros montaraces y domar caballos, criar y encebar reses para la matanza y fué un comerciante de fortuna. Había nacido a caballo y tenía la mano, la vista y las palabras duras; creía que su apellido estaba en contraposición con su carácter y en un rato de mal humor, sustituyó la primera *ese* de Rosas con una *zeta*. El tirano no se avenía bien con la epidemia americana de aquella época: las constituciones iban y venían, las juntas y los triunviratos llegaban y salían al igual que las cartas provisionales y los imperios. Rosas gustaba del orden y a eso llegó, a imponerlo.

¡Viva la Federación y mueran los salvajes unitarios! Con este grito se gobernó a la Argentina durante veinte años, echándose las bases de su tradicional nacionalismo. Cierto que esa curiosa federación carecía de Presidente, de Congreso y de Tribunales; pero ha-

bía un dictador omnipotente. Cierto también que la "base de la constitución del país era la inconstitución, esto es, el reconocimiento de que no podía constituirse", según lo escribió Rosas en conocida carta; pero allí estaba su férrea voluntad capaz de suplir cualquier Carta Magna por bien estructurada que estuviese.

Numerosísimos libros se han escrito para anatematizar a esa especie de Ivan el Terrible que en lugar de surgir de la estepa, aflora de la pampa. José Rivera Indarte, en sus *Tablas de sangre,* enumera, alfabética e ingeniosamente, los crímenes cometidos por el déspota en sus primeros catorce años de gobierno, formulando un balance según el cual pasan de veinte mil víctimas de ese período rosista. Pocas tiranías han recibido mayores invectivas, aunque como reacción a ello se ha iniciado un proceso de revisión y de reivindicación bastante exagerado. Muchos cargos pesan sobre Rosas, sobrio personaje en verdad, pero no el de haber sido dócil a la voracidad extranjera.

Paraguay

El antiguo Territorio de Misiones poseía una escasa población cuya vida sedentaria y conservadora se deslizaba sobre sus yerbales de mate. Su única preocupación consistía en la guerra contra el indio del Chaco y los *bandeirantes.* El aislamiento a que fué sometido el Paraguay durante la Colonia por los jesuítas, favoreció en alguna medida la integración de la futura nacionalidad paraguaya.

A pesar de que el criollo paraguayo contribuyó a la reconquista de Buenos Aires de manos de los ingleses, ello no impidó, que llegada la "revolución de mayo" en dicha ciudad porteña, Paraguay proclamara su independencia un año después, no sólo con respecto de España, sino con respecto del propio Buenos Aires.

En este escenario surge la silueta del doctor en leyes y teología don José Gaspar Rodríguez de Francia, quien, caso insólito, fué un revolucionario que asistió a las tres etapas de todo movimiento de

renovación, esto es, fué a un mismo tiempo precursor, ejecutor y consolidador.

Durante el período del juntismo, Rodríguez de Francia fué designado por el cabildo asunceño para figurar como diputado a las Cortes de España; fué miembro del Triunvirato que se formó a partir de la Independencia. Cuando dos años después, la Provincia Libre del Paraguay se convierte en República de Paraguay, José Gaspar Rodríguez de Francia es uno de los dos Cónsules de la República. Poco después se le confiere el título de Dictador Temporal por cinco años, debido al temor que se abrigaba en el nuevo país de perder su autonomía a manos de Buenos Aires o merced a una restauración española. Antes de que concluyese la dictadura temporal, José Gaspar se hizo proclamar su Excelencia, el Dictador Perpetuo de la República.

Francia no gozaba de popularidad, pero sí de prestigio, siendo considerado como el hombre más culto de su tiempo en su país. Fué un asiduo lector de los enciclopedistas y en un arranque de pintoresco igualitarismo, ordenó quedase suprimido de los apellidos la partícula *de*, reveladora de alcurnia elevada. Entre las ideas de Rodríguez de Francia se destacaba una obsesiva: independizar al Paraguay. Esta tarea fué lograda a base del aislamiento defensivo a que sometió a su patria el Dictador, cuyo rígido cordón sanitario favoreció aún más la integración nacional. Totalitario perfecto, todo lo subordina a crear un estado independiente, incluso la religión. El dictador no sólo suprimió las castas aristocráticas para fundar la democracia paraguaya, explotando hábilmente el profundo sentido igualitario de su pueblo, sino que se declaró jefe de la Iglesia y resolvió para siempre el problema religioso a base de la supremacía absoluta del Estado. Su afán de poder estaba auxiliado por una extraordinaria capacidad intelectual que le permitía centralizar sus funciones y atender a todo.

En el vasto panorama de las dictaduras americanas, el doctor Francia no fué el más cruel ni el más arbitrario.

Uruguay

De la guerra sostenida entre Brasil y las Provincias Unidas del Plata para disputarse la Banda Oriental, surge un antiguo aliado del Brasil que concluyó por convertirse en el campeón de la autonomía uruguaya: Fructuoso Rivera. Mientras tanto, Artigas contemplaba los sucesos de su patria desde su reclusión voluntaria en el Paraguay.

La contienda *brasileña-platense,* concluyó con la independencia de la República Oriental y su primer presidente fué *Don Frutos,* quien inicia un turbulento período de caudillaje. Durante esta etapa, en la que trabajosamente Uruguay se hacía un lugar como nación en el continente, y en medio de la invasión de ingleses y franceses, se desarrolla una lucha terrible entre *blancos* y *colorados,* o sea entre Rivera y Orive, este último instrumento de la tiranía rosista.

Guatemala

La confederación de Las Provincias Unidas de Centro América, después de haber logrado su independencia, no tuvó una larga vida, a pesar de que el hondureño Francisco Morazán se echó a cuestas el papel de mantener a las provincias sólidamente vinculadas: el apóstol unionista fué vencido por los caudillos regionales, ayudados eficazmente por la influencia poderosa del clero.

Como oposición a la doctrina liberal y unionista preconizada por Morazán, surge en Guatemala un bárbaro caudillo mestizo astuto, fanático y separatista: Rafael Carrera.

Contaba Carrera apenas con 24 años —1838— cuando irrumpió triunfante en la ciudad de Guatemala seguido de numerosa masa indígena intoxicada de clericalismo; todavía se le recuerda como llegó: en calzones, con un manojo de escapularios prendidos del cuello y auxiliado de los consejos del cura Durán. Su acto político inicial fué una *Salve* a la Virgen y un *Te Deum* por la victoria.

De inmediato exhibió su refinada crueldad: primero como jefe

del ejército de la Provincia de Guatemala, y después como presidente, cuando Guatemala y las demás provincias proclamaron su mutua autonomía (1844).

La época carrerista se prolongó por tres décadas de gobierno feroz, en la cual se esclavizó aún más al indio.

Santo Domingo

De acuerdo con el tratado de Basilea celebrado entre España y Francia en 1795, Santo Domingo pasó a ser colonia francesa. Haití, que como se sabe fué el primer país de América que logró su independencia, arrastró consigo a Santo Domingo, bajo su tutela.

Cuando desaparece la noble figura de Petion, toma el mando el feroz Jean Pierre Boyer, reprimiendo terriblemente a la parte española de la isla e imponiéndole el uso del idioma francés. Esta sangrienta dictadura que se prolongó por más de veinte años, estimuló poderosamente el nacionalismo dominicano. Y quien encarnó durante cierto tiempo la determinación de no sucumbir ante el dominio haitiano, fué el general Pedro Santana. Santana que alguna vez fué un insigne patriota, concibió poco después el propósito, execrado por toda América, de pedir auxilio a España, negociando con Isabel II la reincorporación de Santo Domingo a la Corona.

México

Poco después del efímero y ridículo imperio de Agustín de Iturbide, irrumpe en la escena pública de México el pintoresco y trágico general Antonio López de Santa Anna, cuya psicología ofrece tantas semejanzas a la de muchos tiranuelos tropicales entre ellos el boliviano Melgarejo, el venezolano Castro, el haitiano Soulouque, o el ecuatoriano Veintemilla.

Durante las once veces que alternativamente Santa Anna fué presidente o sea entre 1833 y 1855, México adquiere cabal fisonomía como nación, siendo su Alteza Serenísima nuestro caudillo nacio-

nalista, aunque como algunos caudillos de la época, su singular nacionalismo lo llevó a atentar contra su patria.

Santa Anna combate y vence a la expedición del brigadier español Isidoro Barradas, que traía el propósito de reintegrar a México a la Corona; lucha contra los separatistas texanos; frustra las pretensiones de Luis Felipe de Orleans sobre nuestro suelo; sostiene una funesta guerra contra los Estados Unidos: después de Fernando VII, que perdió todo un continente, nadie ha perdido en América lo que Antonio López de Santa Anna perdió o enajenó en esa guerra.

Las tiranías de la segunda mitad del siglo xix

Ya bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, cuando las nacionalidades habían adquirido alguna consistencia, o sea cuando España había liquidado sus pretensiones sobre América, las pugnas sociales habidas en nuestros pueblos cobran caracteres de extrema agudeza. Es la época de luchas entre conservadores y liberales, cuyo resultado fué a menudo la entronización del despotismo.

La pugna ideológica de este tiempo poseía, por supuesto, un sustrato económico; por un lado se hallaban los terratenientes esclavistas y clericales y por el otro la masa irredenta.

Muchos de los tiranos de esta época llegan al poder declamando las ideas liberales, para concluir siendo absorbidos por las fuerzas contrarias a toda reforma social.

A este tipo de tirano apóstata pertenece, por ejemplo, Ulises Huereux, quien llegó al poder dominicano sostenido por el partido *azul* o reformista, hasta acabar entregándose a manos de los rojos o retrógrados y habiéndose mantenido en el mando por espacio de 23 años a base de violencias y crueldades. Está también Rafael Núñez, en Colombia, quien llegó al poder sostenido por los liberales mostrando en su primer período algunas disconformidades con los suyos. Cuando se proclamó dictador, dando comienzo al régimen denominado "Regeneración", se entregó francamente a los conservadores, firmando un concordato con la Iglesia Católica en virtud

del cual ésta quedaba al margen de las autoridades civiles, rigiéndose por sus propias leyes. Porfirio Díaz, en México, hizo lo propio: luchó al lado de los liberales contra la invasión extranjera, iniciando su gobierno bajo el signo del liberalismo; pero a los pocos años pactó con los conservadores, estableciendo a lo largo del país una paz de sepulcro. La máxima responsabilidad de Díaz consiste en haber promovido el atraso social y político del país; y en haber acentuado en el indio y el mestizo mexicanos su complejo colonial o de vasallaje, complejo que ha venido a ser un instrumento útil en manos de muchos falsificadores de la Revolución. El lema porfirista de *nada de política y mucha administración* —que no fué mucha, tal como lo demuestra Bulnes—, en verdad mató el espíritu cívico de las masas.

Otro dictador tránsfuga del liberalismo fué Antonio Guzmán Blanco, hijo del célebre doctrinario Antonio Leocadio Guzmán, quien inicia su gobierno en Venezuela estableciendo los más definidos principios imbuídos por su padre: reprimió los desmanes del clero; extinguió los conventos; estableció el matrimonio civil e impulsó el desarrollo material del país. Pero en su segundo período, dirigió el Estado venezolano como si fuese un bien de su propiedad; cesó de respetar los derechos ciudadanos; amordazó a la prensa y derramó copiosa sangre de sus enemigos.

De esta época es también Gabriel García Moreno, quien nunca preconizó otra cosa que lo que cumplió más tarde, cuando convirtió a Ecuador en un extenso convento durante tres lustros. Hombre de gran cultura y muy versado en teología, poseía un espíritu extraordinariamente ascético, duro y cruel. Modificó la Constitución liberal, consagrando la República al Corazón de Jesús; entregó la enseñanza a los jesuítas y a las monjas; renunció a las prerrogativas que el poder civil tenía, desde la Colonia, frente al poder eclesiástico; se reprimía a quien no cumplía inmediatamente las Bulas papales; los obispos intervinieron en la expurgación de todo aquello que en los códigos de la República se opusiese al concordato formalizado con la Santa Sede. La de Gabriel García Moreno, ha sido una de las tiranías más regresivas que ha padecido este continente.

Manuel Montt, en Chile, a pesar de haber tenido una administración constructiva, fué un gobernante autocrático; herméticamente intransigente, abusó con crueldad del poder, despreciando a las fuerzas populares.

Francisco Solano López, en el Paraguay, que recibió el gobierno de su padre, es considerado como un semidios nacional por algunos; otros lo llaman el más bárbaro de los tiranos. Lo cierto es que su megalomanía y su desorbitado patriotismo lo llevaron a ser excesivamente duro. A él le tocó resistir la agresión de la *Triple Alianza* —Argentina, Brasil y Uruguay— contra su país.

En Uruguay, en medio de un período de caudillaje que sólo concluye al finalizar el siglo pasado, se destacan los militares Venancio Flores y Lorenzo Latorre como férreos dictadores. Flores, amo y señor del país, ejerció cruentas represalias sobre sus enemigos hasta entintar en sangre su patria. Lo propio acontece durante la dictadura del coronel Latorre: impera el asesinato político, la desaparición misteriosa de los enemigos del régimen y la amenaza del omnipotente mandón.

De igual período es uno de los *caudillos bárbaros* más caracterizados y al cual se refiere Alcides Arguedas en conocido libro: Mariano Melgarejo. La importancia política de este tirano en la escena pública de Bolivia, es menor que su típica psicología de *presidente-soldadote* americano. Reunía todos los ingredientes negativos de éstos: incurable megalómano y valiente en el combate; dispendioso y campechano con sus amigos, implacablemente feroz con sus enemigos; sensual, ebrio consuetudinario, y poco atento a los intereses verdaderos nacionales.

La etapa de las satrapías

Es claro que los tiranos anteriormente enumerados no pudieron sustraerse del todo a la creciente penetración económica extranjera dentro de sus patrias. Entre otros ejemplos podría citarse uno cercano, el de Porfirio Díaz: las concesiones de explotación por

99 años dadas a ingleses y norteamericanos, es una prueba de ello. Pero dicha penetración extranjera es aún mayor, cuando los Estados Unidos llegan al período del capitalismo financiero; es entonces cuando la influencia yanqui se hace bien palpable, tanto en la esfera de la economía, como en la de la política de los pueblos de este continente, exceptuando a dos o tres países que giran dentro de la órbita inglesa.

Es así como surge la tercera etapa dictatorial en América; la de las satrapías, esto es, la de gobiernos autoritarios que se hallan desembozadamente al servicio de las empresas imperialistas norteamericanas, tales como la United Fruit Co., la Banana Empire Co., la United Sugar Co., la American Smelting and Refining Co., la Electric Bond and Share Co., etc.

Del primer período de las satrapías, o sea bastante antes de la actual guerra, podemos recordar algunos casos impresionantes.

En Venezuela, a Juan Vicente Gómez, quien edificó su máquina dictatorial en forma tan perfecta, que sólo la muerte pudo destruirla. Su empedernido sadismo destiló en el pueblo un temor ciego e impío. Era un hombre sin ideas; se llegó a discutir si era analfabeto o no, y si alguien se hubiese tomado la molestia de explicarle algún *ismo*, no lo habría entendido.

En Guatemala podemos recordar al licenciado Manuel Estrada Cabrera, cuya condición de civil fué tan temible o más, que si hubiese llevado charreteras. Pocas veces ha habido tanta abyección alrededor de un tirano como la que rodeó a Estrada Cabrera, quien supo, siguiendo la escuela del porfiriato, amaestrar a sus aduladores —Pimental y Fagoaga, un turiferario, dijo alguna vez: *con Don Porfirio iremos hasta la ignominia*—. Cabrera acalló todo espíritu libre, intimidándolo por el terror. Después de 22 años de despotismo desenfrenado, se ideó una original manera de destituirlo: se le declaró loco por embrujamiento. Lo cierto es que Cabrera no dormía, comía poco, tenía accesos de furor, y recibía a menudo a los brujos indígenas con quienes practicaba conjuros. Después iba al oratorio de su castillo donde oraba y derramaba abundante llanto. (En esto del llanto

también se asemejaba a don Porfirio, quien solía llorar con alguna frecuencia; por lo menos lo hacía cada vez que se acercaba una elección; el círculo de sus amigos le suplicaba continuara en el poder; entonces don Porfirio, simulando sentir nostalgia por la vida privada, lloraba y se sacrificaba por la patria.)

En Perú podemos recordar a Augusto B. Leguía cuyo gobierno, autoritario a lo incaico, según expresión de Luis Alberto Sánchez, ejerció una dictadura paternal. Permitió, como Machado, Calles y tantos otros, que los embajadores de Norteamérica en Lima llegaran a aparecer como cuasi funcionarios políticos de incontestable autoridad. En cambio, su régimen desarrolló una imprudente política internacional con las naciones hermanas: estuvo a punto de llevar a su país a una guerra con Bolivia, después con Ecuador; con Chile y con Colombia surgieron profundas diferencias e incomprensiones.

En Cuba, la sórdida dictadura del general Gerardo Machado enajenó a su país con la persistente oposición de los patriotas. En México, Plutarco Elías Calles fué exquisitamente dócil con la cabeza de puente del imperialismo norteamericano, el embajador Morrow.

El segundo período de las satrapías aparece aproximadamente en los primeros treintas. Los sátrapas americanos han sabido ejercitar y pulir en el interior de sus países las técnicas represivas aprendidas del nazifascismo; ello, por supuesto, sin perjuicio de que lo combatan al lado de las Naciones Unidas en no importa qué lugar del mundo se halle.

El antifascismo del salvadoreño Maximiliano Hernández Martínez queda evidenciado en sus catorce años de régimen de terror y, sobre todo, en aquella célebre conferencia pronunciada ante un círculo de oficiales en que decía: "En las llamadas democracias reina el desorden; en cambio, en Alemania e Italia, donde son otros los sistemas que se practican, vemos que en pocos años han alcanzado un progreso incalculable. Necesitamos, forzosamente, cambiar entre nosotros nuestro sistema político, si queremos el progreso del país. Debemos convencernos también, que contra el virus del comunismo que nos amenaza, sólo el nazismo y el fascismo podrán salvarnos."

Como muchos gobernantes de América, el espiritista Martínez, usó del poder para enriquecerse. Es el principal accionista de la Asociación de Ganaderos, de la Asociación de Algodoneros, de la Mina de Potosí, del monopolio del henequén en el oriente del país, de las fábricas Martínez y Sagrera y de la Mollins and Co., etc.

El antifascismo del hondureño Tiburcio Carías, se manifiesta en una tolerancia a todos los fascistas incrustados en el gobierno y en una persecución y exterminio sistemático a quienes sinceramente lo combaten, empezando por el mismo régimen de Carías.

El antifascismo de Anastasio Somoza se expresa de igual manera: persiguiendo con saña a los progresistas y liberales. El desenfreno del presidente nicaragüense en su afán de enriquecerse, es algo inaudito; Somoza tiene un hermano: Julio Somoza, que se halla detrás de las grandes exportaciones, del crédito, del comercio exterior y de la producción agrícola, habiendo despojado de sus tierras, en la zona del septentrión, a los campesinos de Carazo.

Jorge Ubico, que se halla a punto de caer, conserva y afina la tradición dictatorial de Guatemala; empero, lucha por el restablecimiento de la democracia universal, excepto en la de su patria. Su decantada honradez no le impide poseer el monopolio de la madera fina en El Petén, o de los transportes aéreos, o de hacerse gratificar por el Congreso, o de recibir una cuantiosa pensión vitalicia en un país tan pobre como Guatemala.

Por lo que toca a Rafael Leonidas Trujillo, aparte de sus fobias a la libertad interior de Santo Domingo y de la desprendida entrega de las riquezas de su patria a las empresas imperialistas, constituye un caso teratológico de vanidad impresionante. El doctor y generalísimo se hace llamar por sus corifeos, hombre luz, inmenso como el mar, astro de primera magnitud, grave y rotundo como las olas, cóndor misterioso, sol sin ocasos, rugido de la tempestad, verdad avasalladora que convence, árbol que nos cobija, príncipe encantado, sin sustituto ni paralelo, joven y bizarro, estrella polar, resumen de titanes, el más perfecto entre los hombres, concreción milagrosa del héroe y del apóstol, aurora perfecta, todo lo ve, todo lo hace, todo

lo sabe, autor de la civilización, divino maestro, áncora sagrada de salvación, pontífice de su tiempo, superhombre, Sócrates moderno, varón de todas las edades, de todos los siglos, de todas las épocas, Trujillo es sólo como Trujillo.

Existe otro tipo de dictadura en América: la dictadura que se halla dispuesta a extender la influencia de Hitler en América Latina. En realidad, el espécimen de dictador al servicio del nazismo alemán, no ha prosperado, sobre todo a partir del visible e inevitable triunfo de las Naciones Unidas. Sólo en Argentina ha podido tener éxito y ello quién sabe si debido a un trasfondo de rivalidades de intereses que existen entre dos de los grandes países aliados.

Por supuesto, que el hecho de que se haya frustrado la influencia de Hitler en este continente, no quiere decir que las dictaduras latinoamericanas de tipo fascistoide vayan a quedar abolidas; antes bien, existe la amenaza cada vez mayor de que tales sistemas se conviertan en la nueva modalidad de gobierno para el futuro próximo, bien que procurarán disfrazarse con la fórmula falangista del falso *nuevo orden cristiano* y ello, con la complacencia y patrocinio de las tendencias más regresivas de Norteamérica. Dicha amenaza será mayor si el gobierno de la nación vecina pasa a manos del otro partido político.

En suma, después de esta prolija exposición —aunque no tanto, dada la exuberancia del tema—, las conclusiones que me permito ofrecer a ustedes son las siguientes:

1ª Un hondo complejo colonial pesa sobre la gran mayoría del pueblo latinoamericano, predisponiéndolo a caer en gobiernos de fuerza. Esto es especialmente cierto, en aquellos países donde existe una numerosa población indígena, mestiza, mulata, negra o zamba.

2ª El imperialismo extranjero, a su vez, y para obtener una más expedita explotación, ha fomentado o fortalecido tales gobiernos, impidiendo la presencia de regímenes capaces de emprender en serio

la reeducación de las masas, levantando en ellas el espíritu público.

3ª Sólo la aplicación rigurosa y sincera de los postulados de la carta del Atlántico, según la cual toda forma de imperialismo quedará abolida, podrá extirpar de raíz la peste de las tiranías e inaugurar la marcha en firme de los pueblos latinoamericanos hacia una genuina y orgánica democracia.


BIBLIOTECA
INVENTARIO 2015
DANIEL COSIO VILLEGAS


308/J88/no.15
3 905 0013901 -

JORNADAS DE LA GUERRA

1. José Medina Echavarría, *Prólogo al estudio de la guerra*
2. Tomás Sánchez Hernández, *Los principios de la guerra*
3. Jorge A. Vivó, *La geopolítica*
4. Gilberto Loyo, *La presión demográfica*
5. Antonio Caso, *Las causas humanas de la guerra*

   Jorge Zalamea, *El hombre, náufrago del siglo* XX
6. Vicente Herrero, *Los efectos sociales de la guerra*
7. Josué Sáenz, *Los efectos económicos de la guerra*
8. Manuel Chavarría, *La disponibilidad de materias primas*
9. Manuel Pedroso, *La prevención de la guerra*
10. Daniel Cosío Villegas, Emigdio Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, Gonzalo Robles, Manuel Sánchez Sarto, Antonio Carrillo Flores, José E. Iturriaga: *La Postguerra*

    Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, José Medina Echavarría, Emigdio Martínez Adame y Víctor L. Urquidi: *La nueva constelación internacional*, conversación por radio.

De venta en todas las librerías de la América Latina